

poner más los piés en él. Vamos, ¿queréis un asiento del tercer piso con verja?

—No, — dijo esta vez la joven con energía, — si no se me quiere en los primeros sitios, no quiero ocupar los últimos. Si les disgusta á las damas criollas el encontrarse á mi lado, á mí me disgusta hallarme entre mulatas y esclavas.

Iba á retirarse; Jorge se adelantó. ¡Las palabras que acaba de oír habían avivado todos los recuerdos de su juventud. Sus ideas liberales de otras veces, que hacía tres años que dormían, acababan de subírsele al corazón. El viajero, el extranjero, el vividor, el indiferente, habían desaparecido como por encanto, y el estudiante del barrio Latino renacía.

—¿Por qué insultáis á esta dama? — dijo al empleado del teatro.

—Señor, yo no la insulto.

—Sí; en todo caso la habéis hablado con una dureza que nada excusa. Ahora, ¿me diréis con qué derecho le negáis la localidad que os pide?

—Tengo orden de no dejar entrar á las jóvenes de color, ni en la galería, ni en las primeras y segundas localidades.

—Pero esa señora no puede ser de color, — dijo Jorge señalando á la joven cuya defensa había tomado, y tras de la cual se había puesto.

—Dispensad, señor, — respondió políticamente el empleado. — Es posible que un europeo se engañe, pero yo no puedo engañarme; me basta una mirada para reconocer el origen de cada cual. Además, como vos habréis podido observar, caballero, esta señora no me contradice. Viniendo aquí, esperaba que no la reconocería, pero cuando la he reconocido, no ha protestado.

Era verdad, y aun la señora, en vez de contradecirlo, bajó su velo y trató de alejarse. Jorge comprendió la falsa posición en que su insistencia le ponía. Desde el principio de aquella escena un gran número de mirones habían formado un círculo alrededor de la taquilla y trataban de ver á la causante de aquel tumulto. Ella podía considerarse feliz al ser defendida, pero prefería sin duda no quedar al

lado de su defensor. Se volvió hacia ella el joven, diciéndola:

—¿Queréis entrar en la sala, señora?

—No, señor, ya he dicho que no quiero subir al tercer piso.

—No hablo de esas localidades; aludo á la primera galería. Tomad mi brazo, que voy á conducirlos.

—¡Oh! ¡Oh! — dijeron varias voces entre la multitud.

Jorge levantó la cabeza y paseó la mirada sobre las personas que le rodeaban:

—Sí, — dijo, — quiero protestar contra el abuso de que la señora es victima en este momento. Es bárbaro, ridículo y...

No pudo terminar, su padre acababa de cogerlo por un brazo.

—¡Cállate! — le dijo, — no seas insensato. Defiendes una cosa imposible; si no fueses tan conocido y apreciado como eres, te hubieran buscado querrela.

—¿Qué me importa! — dijo Jorge.

—Es posible que no te importe, pero á mí me importa mucho. He prometido á tu madre enviarte sano y salvo á Francia. Veamos, sé razonable; esto es una cosa ridícula, absurda, convengo en ello, pero está profundamente arraigado en las costumbres del país y no puedes tener la pretensión de destruirlo. Después de tres años de vivir aquí, ¿no conoces las costumbres? ¿no has tenido tiempo de acostumbrarte?

—Sí, lo conocía, pero de oídas; ciertos sitios en el Teatro Francés están prohibidos para las gentes de color, se me había dicho; pero me contentaba con encogerme de hombros. Hoy me he encontrado directamente mezclado con este tonto uso, y he visto poner en práctica lo que hasta ahora solo conocía en teoría, y me he sentido indignado.

—Indígnate cuanto quieras, pero no muestres tu indignación; en viaje, el primer deber de un hombre bien educado, es respetar los usos de los países que visita. Vamos, ven conmigo; gracias á mis amigos y á los tuyos, espero que este asunto no tendrá funestas consecuencias.

Jorge no estaba enteramente convencido; su sangre hervía como los días de las manifestaciones en el barrio Latino. Quizás no hubiera seguido á su padre, si la persona de quien se había convertido en campeón, se hubiese encontrado allí; pero aprovechándose del giro dado al asunto por la llegada del señor Hamel, se había deslizado entre la multitud y desaparecido. No existiendo el cuerpo del delito, como se dice en términos jurídicos, Jorge tomó el brazo de su padre, penetró en la sala y se sentó en la orquesta en su sitio habitual.

La señora Wildeman, una de las mejores artistas que ha habido en Nueva Orleans, cantaba la *Favorita*, y Jorge, como todos los jóvenes nerviosos y sanguíneos, tan pronto á calmarse como á enfadarse, sentía poco á poco refrescar su cabeza y disminuir los latidos de su corazón. Al final del primer acto, enteramente calmado por la música de Donizetti y la voz de su principal intérprete, había olvidado el pequeño disgusto anterior. Pero se apercibió bien pronto de que había hecho una impresión más viva y más duradera sobre las personas conocidas que se hallaban en la sala. Bien pronto se extendió el ruido de que un extranjero, un francés, el señor Jorge Hamel, había tomado la defensa de una joven de color, que se había indignado contra el uso que la prohibía la entrada en las localidades principales del teatro, y que había querido llevarla por fuerza á la galería. Esta conducta de un hombre al cual la sociedad new-orleanesa, había dado una excelente acogida, y á quien había siempre tratado como uno de sus hijos, fue juzgada muy severamente. Los amigos de Jorge trataron en vano de defenderlo. Las mujeres sobre todo, fueron en aquella circunstancia implacables. Como aquella dama romana que salía del baño delante de su esclavo bajo el pretexto de que un esclavo no era un hombre, las damas criollas no admitían que una joven de color fuese mujer, y que un hombre de la sociedad pudiese tomar su defensa. Desde la terrible guerra, á consecuencia de la cual la esclavitud ha sido abolida en todos los Estados Unidos, este modo

de pensar ha tendido á desaparecer; los negros y los mulatos valen tanto como los blancos, y se han visto obligados, los que los despreciaban, á admitirlos. Pero en la época de que nosotros hablamos estaban aquellas estúpidas creencias en todo su apogeo, y los espíritus más liberales sólo podían hacer esperar que llegase el día de su desaparición.

Jorge tenía demasiado mundo para no apercibirse de la especie de reprobación de que era objeto. Las personas á quienes tenía la costumbre de ir á saludar á sus localidades durante los entreactos, le hicieron una acogida muy fría; las damas que ocupaban la galería volvieron la cabeza cuando él se quitó el sombrero, y varios jóvenes con los cuales tenía relaciones la víspera, evitaron el ir á estrecharle la mano.

—¿Qué debo hacer?—dijo á su padre, á quien se había reunido durante el entreacto.

—Nada; espera á que esta mala impresión haya pasado, y sobre todo evita todo género de querrela.

—¿Cómo? ¿Es que crees verdaderamente?..

—No creo nada, y sin embargo,—añadió, mirando á algunos pasos de él,—esa mala cabeza de John de B... me parece muy subida...

Jorge buscó con la vista al que su padre acababa de nombrar, y le percibió ocupado en perorar con un grupo de jóvenes; sus miradas se cruzaron, y antes de que el señor Hamel hubiese podido arrastrar á su hijo, John de B..., dejando precipitadamente el grupo donde se hallaba, se reunió á Jorge.

## VIII.

John de B... tenía en Nueva-Orleans reputación de terrible duelista. Se batía por un quitame allá esas pajas: por una mirada, por una palabra, por un gesto, por haber comido bien ó mal, porque

hiciese buen tiempo ó tempestad. Vuestro rostro le desagradaba y os lo decía, y si guardabais prudentemente silencio, se pretendía insultado y os enviaba padrinos. Una vez el lance decidido, se mostraba muy amable; todas las armas le eran buenas; la pistola, la espada, el fusil, el sable, la carabina, el revólver; sus adversarios podían escoger el terreno; todo convenía á aquel hombre fácil de vivir... de la vida de los demás. Aceptaba indiferentemente batirse en bosque, en campo, sobre un lago, en la ribera ó en pleno mar. Cierta día propuso un duelo en globo; cada uno de los combatientes debía elevarse en un aeróstató particular, llevar una ametralladora en la barquilla, y una vez en los aires, tirar sobre el otro; el adversario rehusó esta proposición con gran desespero de John de B... Tal era el hombre que avanzó con intenciones evidentemente hostiles hacia Jorge Hamel y su padre.

—Señor... —dijo dirigiéndose á Jorge, cuando se les hubo reunido.

El señor Hamel quiso intervenir.

—Dispensa, padre mío, —dijo Jorge con firmeza, —es á mí á quien el señor parece dirigirse. Te ruego que me dejes contestarle. Además, —continuó volviéndose hacia John de B..., —el lugar es quizás poco á propósito para una explicación, y si lo permitís, vamos á salir del teatro.

Temía que su padre, deseoso de impedir un lance, interviniese de nuevo.

—¿Por qué salir? —replicó John de B... —Lo que tengo que deciros se reasume en dos palabras.

—Es posible. Pero lo que yo tengo que deciros no se puede reasumir, y os propongo de nuevo que salgamos; no escucharé una palabra más aquí.

—¡Ah! —dijo John, —entonces...

Iba á llevarlo á vías de hecho. Los criollos de Nueva-Orleans no son amigos de digresiones, van derechos al bulto. John de B..., evidentemente buscaba un duelo. El medio más seguro y más pronto de llegar á sus fines era insultar gravemente al que había escogido por su adversario. Pero si él era renombrado por su destreza, Jorge lo era por su fuer-

za, y podía lisonjearse de un par de puñetazos poner á John de B... fuera de combate, cosa que á este último no halagaba mucho que digamos... consentía en matar á su adversario, pero sin gran peligro para él, confiado en su destreza...

—Pues bien, —dijo calmándose de pronto, —salgamos.

—Os sigo, señor, —replicó Jorge; —precededme os lo ruego, me reuniré á vos delante del teatro.

Mientras que John de B... se alejaba, Jorge Hamel se reunió á su padre.

—Has podido seguir con la vista, —le dijo, —la escena que acaba de pasar, y habrás podido observar que he conservado toda mi sangre fría. Espero continuar siendo dueño de mí, y para tranquilizarte te aseguro que estaré constantemente pensando en mi madre. Por ella haré los imposibles para evitar un encuentro con ese mal genio. En las disposiciones en que me encuentro, si estuviéramos en Francia nada tendrías que temer; pero estamos en América, soy francés y mi dulzura no puede pasar de ciertos límites. Los insultos que se nos hacen en el extranjero no son solamente personales; tienen cierto carácter nacional. Hasta enseguida; no estés inquieto, en un instante concluyo.

John de B..., en compañía de algunos jóvenes, estaba en la calle, frente al teatro. Desde allí apercibió á Jorge, que fue á reunírsele. Este no le dejó tiempo de empezar la conversación.

—¿Qué queríais decirme, señor! —preguntó con voz muy calmada, saludando á su adversario.

—Quería deciros, que esta noche habéis cometido una imprudencia con todos los criollos de Nueva-Orleans, tomando la defensa de una joven de color y pareciéndoos burlar de sus costumbres.

—¿Los criollos de Nueva-Orleans, os han encargado de ser su intérprete cerca de mí, y os han escogido por su campeón?

—Obro por mi cuenta, porque vuestra conducta...

—Mi conducta acabáis de apreciarla; he cometido una inconveniencia hacia el país en que habito. Lo siento, atendiendo á que hasta este día he recibido

en este país la más encantadora y cordial hospitalidad.

—Entonces, ¿dáis vuestras excusas?

—¿A quién? Al país que habito... ciertamente, puesto que he tenido la desgracia de desagradarle, en la ignorancia de sus costumbres.

—¿Y á mí, me las dáis?

—¿El qué?

—Excusas.

—No; me habéis asegurado no ser embajador d nadie.

—Entonces, ¿os batiréis?

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Por qué he de batirme con vos? No os he hecho nada, ni nada tengo que reprocharos.

—¿Y si os insulto?

—Como no tenéis ningún motivo para insultarme, os consideraré como loco, y con los locos no se bate.

John de B... no contestó. Volvióse hacia los jóvenes á quienes había dejado para reunirse á Jorge, y les dijo:

—Señores, os agradezco que os hayáis puesto á mi disposición; pero este señor no se bate, porque es un cobarde.

—¡Habéis mentido! —exclamó Jorge, —¡yo me bato!

Y avalanzándose hacia de John de B..., lo abofeteó.

En general, el primer movimiento del hombre que recibe una bofetada, es el de precipitarse sobre el que le ha hecho tan sangrienta injuria. John de B... no se movió; solamente, como varios de sus amigos habían avanzado hacia él, dijo:

—Mañana le mataré.

Era evidente para todo el mundo; la sentencia de muerte de Jorge había sido pronunciada.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —le decía su padre cinco minutos después.

—Lo que hubieras hecho tú en mi lugar si se te hubiera dicho que eras un cobarde. Y sin embargo,

quería vitar ese duelo, te lo juro. En fin, ¿te sientes con valor para servirme de testigo?

—Es preciso que me encuentre con él, —contestó el señor Hamel. —¿Quién mejor que yo sabría defender tus intereses, desgraciado hijo mío?

Y enseguida, á pesar de lo avanzado de la noche, se pusieron en busca de un segundo testigo.

## IX

Al día siguiente, á las diez de la mañana, los testigos de John de B... y los de Jorge, se reunían en un *barroum* (\*), de la calle de Orleans. Como no podía ocurrírsele á nadie, ni aun al padre de Jorge el arreglar aquel triste negocio, los testigos se limitaron á establecer las bases del duelo y las condiciones del combate. ¿Cuál de los dos adversarios tenía el derecho de escoger armas? ¿Cuál era el insultado? ¿John de B... que había recibido una bofetada, ó Jorge Hamel que había sido llamado cobarde? Tal era la cuestión que se pretendía aclarar en primer término, y que podía dar lugar á un conflicto; pero fue resuelta por los testigos de John de B..., declarando, en su nombre, que aceptaba el arma ó armas de su adversario; pero que el duelo fuese á muerte. En cuanto fueron pronunciadas estas palabras, el señor Hamel, en su doble cualidad de padre y testigo, protestó: todo fue inútil; las instrucciones de John de B... eran de lo más precisas.

—¡Está bien, señores! —dijo entonces levantándose. —El duelo no se verificará y vuestro amigo se guardará su bofetada. ¿Qué nos importa á nosotros? Se nos ha llamado cobardes, hemos replicado abofeteando en público al que ha osado tratarnos de ese modo. Nuestro honor se encuentra satisfecho. Si

(\*) Especie de café restaurant.

del vuestro no lo está, lo siento; si tenéis necesidad de repararlo y queréis, sed más acomodaticio y no vengáis á proponer un duelo que la humanidad y nuestros deberes de testigo nos obligan á rechazar.

—Estos señores quieren un duelo á primera sangre, como en Francia,—dijo con insolencia uno de los testigos de John de B...

—No, señor,—replicó el padre de Jorge sin perder su sangre fría;—los insultos son demasiado graves por ambas partes para poderse contentar con el duelo de que habláis. Pero entre el duelo á muerte y el de á primera sangre, existe otro: el que termina solamente cuando uno de los adversarios queda fuera de combate.

—¡Señores!—dijo el testigo que antes había hablado.—La palabra *fuera de combate* es demasiado vaga para que pueda satisfacernos. Una herida en un brazo basta frecuentemente para impedir á un adversario sostener el arma, y entonces...

—Entonces, señor,—repuso el señor Hamel,—á él le hacéis presente que tenga cuidado de no herir á mi hijo en el brazo.

—¡Sea! Se tirará á pleno pecho.

—¡Dios le libre... y que nos guarde á nosotros!—dijo el padre de Jorge, que no había podido impedir el palidecer.

Había querido servir de testigo á su hijo, pero la misión era cruel. Los cuatro testigos discutieron todavía algunos instantes, y acabaron por decidir que el combate sería á espada, aquel mismo día, en una especie de glorieta situada cerca del lago Ponchartrain, á dos legas próximamente de Nueva-Orleans.

Jorge acababa de terminar una larga carta á su madre, cuando el señor Hamel se le reunió.

—¿Qué hay?—preguntó

—Prepárate; partiremos dentro de una hora.

—Estoy ya preparado.

—¿Tienes algunas recomendaciones que hacerme?

—Sí; una cosa tengo que suplicarte. Si me matan, abandona los intereses y afecciones que pue-

das tener aquí; márchate á Francia á reunirme con mi madre. De este modo el golpe será menos rudo para ella. La entregas también esta carta, que contiene mi último adiós.

—Te juro hacer lo que me pides; pero no te matarán.

—¡Pardiez!—exclamó el joven,—¡así lo creo!

Media hora después, con aire risueño, el rostro calmado y el cigarro en la boca, se reunía á sus dos testigos en el carruaje que habían traído. Se iba á dar la orden ya al cochero, para que echase á andar, cuando una negra que acababa de atravesar la calle, se avalanzó á la portezuela.

—¿Qué queréis?—la preguntó Jorge.

—Entregar esta carta al señor Jorge Hamel.

—Soy yo; dádmela.

Rompió el sobre y leyó estas palabras, mientras el carruaje se alejaba:

*Mil gracias y buenos deseos, de parte de la á quien protegisteis anoche y por la cual vais á batiros hoy.*

—Pero, ¡caramba!—exclamó Jorge casi alegremente.—No me bato por ella, sino por mí.

Y pasando la carta á su padre:

—Á propósito,—le preguntó,—¿conoces á esa mujer por quien tomé ayer la defensa, y que hoy me escribe? Me pareció muy bonita; pero confieso que mis preocupaciones desde esa tonta aventura me han hecho olvidar...

—Me han dado algunas noticias esta mañana,—respondió el señor Hamel.

—Comunicámelas.

—Pero...

—Encuentras el momento mal escogido, querido papá, y te equivocas. En mi propio interés debes tratar de distraerme; si guardamos silencio voy á pensar en Francia, en mi madre; esto me impresionará, y ya sabes que en un instante así lo que se necesita es mucha sangre fría.

El señor Hamel se rindió á este razonamiento é hizo un esfuerzo sobre sí mismo para vencer sus

propias preocupaciones y dar las noticias pedidas.

—La persona en cuestión,—dijo,—se llama Cora y habita en lo alto de la calle San Felipe, una casa de madera de bastante buena apariencia, construída al lado de un jardín. Debes saber cuál digo, pues has pasado cincuenta veces á caballo.

—Seguramente que he visto la casa; pero, ¿cómo no he visto á quien la habita? Las mujeres blancas en Nueva-Orleans, aun las que frecuentan la sociedad, sólo se dejan ver de tarde en tarde; ¿cómo es que una joven de color está tan retirada?

—Precisamente porque es de color, tiene miedo que su origen no la exponga, como ayer, á afrentas, y evita cuanto le es posible mostrarse en público.

—¿De modo que no ha podido decidirse á aceptar las dificultades de su posición?

—No; es demasiado bonita, demasiado distinguida, y sobre todo, demasiado blanca.

—¿Cómo se entiende?

—Se encuentra, con razón, superior en belleza y en blancura, á muchas mujeres de Nueva-Orleans, y sufre por la ínfima posición que ocupa. Si fuese francamente bronceada ó cobriza, como una mulata ó una cuarterona, hubiera tomado su partido; pero ninguna diferencia física las separa de las blancas, y no se habituara jamás á la distancia moral que le impide acercarse á ellas.

—¿Cómo vive? ¿Tiene amantes?—preguntó Jorge.

—No se le conoce ninguno, y esto se explica. No desea más que una cosa. Dejar Nueva-Orleans é ir á vivir á Europa, donde cree que no sufrirá. Para realizar este sueño le es preciso dar pruebas de virtud, inspirar alguna gran pasión, y como precio de su derrota exigir que se la lleve á Francia.

—No está mal razonado para una joven de color. ¿Y tiene al menos, medios de vivir esperando el proyectado viaje?

—Su madre, que era costura bastante hábil, le dejó la casa y el gran jardín de la calle de San Felipe. Habita la casa y cultiva el jardín, que le produce hermosísimos ramos que sus esclavas van á vender al mercado y á las casas particulares.

—¡Ah! ¿tiene esclavas?

—¡Ya lo creo! Y se muestra tanto más dura con ellas, cuanto que sabe que es oriunda de esclavos. Se asegura que se venga en estas desgraciadas, sobre todo con dos lindas mulatas que ha comprado últimamente en Memphis, de las vejaciones que las mujeres blancas le hacen sufrir.

—¡Y es por causa de esa amable criatura por lo que dentro de un momento voy á exponer mi vida!—exclamó Jorge inclinándose por la ventanilla para ver si se aproximaban al lugar de la cita.

## X

Al llegar al lago Ponchartrain, el carruaje tomó por un camino á lo largo del lago, y se detuvo frente á un bosque de naranjos. Era el lugar escogido para la cita. Serían entonces las cinco de la tarde. Jorge Hamel seguido de sus dos testigos, echó pie á tierra.

—¡Toma!—dijo,—¿qué hacen ahí bajo todos esos carruajes?

Los testigos miraron en la dirección que indicaba y percibieron unos treinta carruajes de todas clases extendidos por el camino y por la glorieta vecina; caballos ensillados, atados á los árboles y vigilados por negros, parecían esperar á sus jinetes.

—¿Es que tu adversario ha convidado á todos sus amigos al duelo?—dijo el padre de Jorge.—Esto es contra todos los usos y voy...

—Espera,—dijo Jorge;—sus testigos vienen hacia aquí y vamos á saber á qué atenernos.

Interrogados acerca de la presencia, en el lugar de la cita, de personas extrañas al asunto, los testigos de John de B..., contestaron que varios habitantes de Nueva-Orleans habían, en efecto, querido asistir al encuentro que iba á tener lugar. No se los

29739

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

había podido impedir, y además, habiendo sido pública la ofensa, era natural que la reparación lo fuese también.

El señor Hamel quiso contestar; Jorge lo contuvo.

—No perdamos tiempo en palabras inútiles,— dijo.—No podremos convencer á estas gentes que se retiren. Han hecho dos leguas para ver degollarse á dos hombres; sentiría privarles este pequeño espectáculo. Que vengan, que se aproximen, y sabrán cómo sabe batirse un francés á quien se atreven á llamar cobarde.

Mientras que los dos testigos se alejaban para prevenir al señor John de B... que se le esperaba, Jorge volviéndose hacia su padre, le dijo con cierta animación:

—Siento mucho este pequeño incidente: me quema la sangre y me irrita los nervios. Me encuentro demasiado calmado; me parece que voy á batirme con mucho vigor. ¡Tate! ¡tate!—añadió,—los espectadores se aproximan; unos bajan de sus carruajes, y otros salen del bosque; son más numerosos de lo que yo me figuraba.

De pronto tomó los brazos de su padre, exclamando:

—¡Dios me perdone! hay también mujeres. ¡Ah! esto es demasiado fuerte... si se me hubiese dicho no lo hubiera creído. ¡Mujeres, y mujeres de la alta sociedad, sí, reconozco á varias, asistir á un duelo! Decididamente, estos americanos son todavía medio salvajes.

Jorge no se engañaba: varias damas criollas de Nueva-Orleans, entre las cuales se hubieran podido distinguir dos ó tres lindas jóvenes, se habían atrevido á presentarse sobre el terreno escogido para aquel duelo, como en Francia se presentan en las carreras de caballos. Iban á juzgar las estocadas, á sondear, con la vista, las heridas, á asistir ciertamente á la agonía de uno de los combatientes.

Y no crea el lector que esto son exageraciones; transcribimos aquí íntegramente nuestros recuerdos, y si no fuese por temor á faltar á las conveniencias, podríamos citar nombres propios de perso-

nas y lugares para afirmar que el fondo de nuestro relato es de la más escrupulosa exactitud.

Los dos adversarios y sus cuatro testigos, á los que acababa de reunirse un Médico, penetraron en el bosque de naranjos y no tardaron en hallarse en una especie de glorietta, dispuesta *ad hoc* para un encuentro á espada. Poco á poco, mientras se arreglaban los últimos detalles, los curiosos que habían permanecido á conveniente distanciamiento se acercaron en silencio, formando un círculo alrededor de los principales actores de aquella escena.

—¿Estáis dispuestos, señores?—preguntó uno de los testigos de John de B..., dirigiéndose á los dos adversarios.

Contestaron ambos á la vez afirmativamente y, tomaron las espadas que les tendían. Entonces se colocaron uno frente al otro, cruzaron los aceros y en medio de un profundo silencio se oyeron pronunciar estas palabras:

—¡En guardia, señores!

El combate había empezado; el telón se había levantado para los espectadores. Comprendieron enseguida que iban á asistir á una lucha interesante: los dos combatientes parecían de igual fuerza y dotados de la mayor sangre fría. John de B... empezó por atacar vigorosamente. Jorge se contentaba con parar, tratando de aprovechar un momento en que su adversario se quedara descubierto para atacar á su vez. Pero éste no cometía ninguna falta; su juego cerrado, su espada rápida á las paradas, no permitían ninguna sorpresa. Al cabo de tres minutos próximamente los testigos ordenaron suspender el combate. Jorge aprovechó aquel momento para cambiar algunas palabras con su padre, que pálido, silencioso, estaba á su lado dispuesto á socorrerlo en caso de necesidad.

—No tiembles de ese modo,—le dijo en voz baja;—es de primera fuerza, pero creo conocer su juego. Daría todo lo del mundo,—añadió estrechando la mano de su padre,—para que este duelo, no le fuese más funesto que á mí.

En cuanto á John de B... cambiaba sonrisas y sa-

ludos con los espectadores y parecía decirles: *Esperad, os pido perdón por no haber llegado todavía á un resultado; pero no tendréis mucho que esperar.*

Los adversarios volvieron á su sitio y las espadas se cruzaron de nuevo. Esta vez fué Jorge quien atacó, pero con tanto vigor que John de B... se vió obligado á retroceder. Había ya retrocedido diez pasos, y en el momento en que Jorge esperaba acorralarlo y acosarlo muy de cerca, cuando de pronto se detuvo, lanzó un grito para intimidar á su adversario, y se tiró á fondo. Si Jorge hubiese estado en descubierto, todo habría terminado; pero su brazo que tuvo tiempo de replegar le sirvió de escudo; la espada le había atravesado el brazo de parte á parte. En otro lance cualquiera, aquella herida hubiese podido ser calificada de feliz, pues tenía una aparente gravedad que satisfacía con largueza al honor de los interesados, ponía la vida en peligro y hacía cesar el combate. Pero en aquella ocasión, con un carácter como el de John de B..., no servía más que para establecer una gran desproporción en las fuerzas de los dos adversarios.

En efecto; cuando los testigos de Jorge declararon que el duelo no podía continuar, John de B... contestó con una carcajada. Y como ellos sostuvieron lo que habían dicho:

—¡Bonito sería,—dijo él,—suspender el duelo por una herida en el brazo! ¡Contentarme con un rasguño, cuando quiero su vida; esto sería curioso!

Después, dirigiéndose á Jorge, cuya herida examinaba el Médico:

—Os espero, señor,—le dijo,—cuento con vos.

El círculo de espectadores se había aún estrechado más alrededor de los combatientes. John de B... teniendo siempre en la mano su espada que destilaba sangre, fué á hablar con los amigos más próximos.

## XI

Al cabo de un instante, los testigos de Jorge se reunieron á los de John de B... El señor de Hamel tomó la palabra:

—Señores,—dijo,—el Médico declara que mi hijo está en la absoluta imposibilidad de sostener un arma. Al atravesarle el brazo, la espada ha alcanzado el nervio, lo cual ha determinado una especie de parálisis. Nos vemos pues, obligados...

No pudo acabar; John de B..., no teniendo en cuenta la costumbre que prohíbe á los adversarios mezclarse en la conversación de los testigos, acababa de adelantarse.

—Sí, vuestro hijo,—exclamó dirigiéndose al señor Hamel,—no puede servirse del brazo derecho, que use el izquierdo, y se acabó.

Jorge que lo había oído, se adelantó á su vez y dijo al señor John de B...:

—¿Lo queréis?

—¡Pardiez! —si lo quiero... Vos sois quien parece no querer...

—En efecto, mi herida es bastante grave para bastar á la venganza de vuestro honor. ¡Vos no lo pensáis así! ¡Deseáis mi vida, sea! Tomadla si podéis.

Y recogiendo vivamente su espada con la mano izquierda, y rechazando á los testigos que querían contenerlo, se puso en guardia.

El combate no era tan desproporcionado como podía creerse á primera vista, ciertos profesores de esgrima de París, previendo el caso de que sus discípulos tropiecen con un zurdo, los acostumbran á servirse de la espada indistintamente con ambas manos. Jorge que había practicado mucho tiempo,

esta escuela, estaba en condiciones de luchar con su adversario.

El duelo volvió á empezar, terrible, encarnizado por ambas partes. La animosidad de John de B..., la presencia de todos los espectadores, de los cuales algunos por sus gestos, actitud y exclamaciones, osaban manifestar claramente el interés que tenían por su compatriota; en fin, su herida que le hacía sufrir cruelmente, habían acabado por exasperar á Jorge Hamel. Se había decidido, y quería poder dar una lección á aquel terrible duelista que tantos tenía á su cargo.

En cuanto á John de B..., debía su reputación á tirador con mano derecha, pero para acabar más pronto con aquel hombre ya herido, se había obligado á batirse con la siniestra. Pero se apercibió bien pronto que lo que él había creído una desventaja para su adversario, era por el contrario una gran superioridad. Jorge manejaba su espada con sobresaliente destreza, mientras que John de B..., que nunca se había encontrado frente á un zurdo, estaba desorientado; su juego no producía efecto y sus estocadas iban mal dirigidas, y á sí mismo se sorprendió, después de un instante, de la poca facilidad que tenía en parar las estocadas que le tiraba Jorge.

Entonces, aquel hombre, dotado de una sangre fría tan terrible, porque se creía con marcada ventaja sobre su adversario, perdió la cabeza desde que reconoció la superioridad que el cambio de mano daba á Jorge. Olvidó en un instante todos los principios, todas las reglas que forman la base de la esgrima y se sirvió de su espada como lo hubiera hecho un principiante. Al mismo tiempo el sentimiento de su impotencia y del peligro que corría aumentaba su cólera. Lanzaba gritos furiosos y hacía muecas terribles; pero cada vez que se precipitaba hacia adelante, encontraba la espada de Jorge, siempre en guardia, siempre inmóvil. Jorge, hacía un instante que se desdeñaba en atacar, contentándose con parar, sin mover el brazo, solo por un sencillo movimiento de la mano. Mientras que John

de B... perdía su sangre fría, Hamel recobraba la suya; se le hubiera podido creer en una sala de armas un día de asalto. Comprendió, sin embargo, que era preciso acabar, y decidido á no hacer ninguna herida mortal á su adversario, trató de alcanzarlo y ponerlo fuera de combate. Dirigió estocadas inútilmente al brazo y al muslo; la espada de John parecía un rayo en su mano; pero con todo eso no tenía tiempo de acudir á todos los golpes de Jorge; este le había tocado en varios puntos, rasgándole la piel; la sangre que sentía correr por su cuerpo le volvía loco; sus gritos no tenían nada de humano, sus ojos se salían de sus órbitas y echaba espuma por la boca. De pronto un rayo de luz iluminó su razón; y recordó como por encanto las habilidades de la esgrima que había abandonado tan largo rato; lió con maravillosa destreza la espada de su adversario, y se tiró á fondo audazmente. Pero su brazo no encontró mas que el vacío, mientras que su cuerpo, violentamente arrojado, se precipitaba, por decirlo así, él mismo, sobre la espada de Jorge. Cayó sin proferir un grito; la espada había penetrado en el abdomen y se había fijado en la columna vertebral atravesándole.

Los cuidados del Médico fueron inútiles. Cinco minutos después, John de B... lanzaba el último suspiro. ¡El pretencioso y fanfarrón americano, había encontrado la horma de su zapato!

Entonces hubo un gran movimiento entre los espectadores de aquel drama sangriento. Todos se aproximaron y quisieron arrojar una última mirada sobre aquel hombre que había adquirido tan triste celebridad. Se negaban á creer en su muerte. Se preguntaban ¿de pronto no se levantaría para coger de nuevo su espada y precipitarse sobre su adversario. ¡Qué! ¡Estaba allí aquel elegante, encantador y renombrado John de B... Muerto en duelo, el que se había batido con fortuna tantas veces! ¡Una estocada había bastado para derribar aquel coloso!

¿El interés que inspiraba, había conducido á todos los espectadores al sitio del combate? No, la mayor parte obedecían á un sentimiento de curiosi-

dad y al atractivo que ofrecen á ciertas gentes las emociones terribles. Otros sabían agradar á John de B..., yendo á admirar su valor y destreza, y no cabía duda, que tenía en Nueva-Orleans sus adula- dores y su corte. ¿Fue sentido, llorado por algunos? Es posible. Su implacable orgullo, su belleza, su ju- ventud, sus altos hechos de armas, habían conmo- vido á algunos corazones. Todo indica á creerlo, puesto que después del combate cosa, inaudita y que no nos atreveríamos á afirmar si no lo hubiésemos visto, varias espectadoras tuvieron el valor de apro- ximarse al sitio en que había caído y empapar sus pañuelos en su sangre.

Jorge, sin cuidarse de que su brazo estaba manan- do sangre, ganó enseguida el carruaje que le había traído. A excepción de sus testigos, nadie le acom- pañó, pero nadie, tampoco, se atrevió á protestar de lo ocurrido. ¿Debían en América cumplimentar á un francés después de haber matado á un americano, y podían por otra parte, decir que no se habían batido leal y generosamente?

Cuando se encontró en el coche, sus nervios, tanto tiempo sobreexcitados, se pusieron en tensión, y aquel hombre tan bravo, que desde la víspera no ha- bía dado la menor señal de debilidad, lloró como un niño.

—¡Le he matado! ¡Le he matado!—exclamaba en su desesperación.

—No, tú no le has matado,—dijo su padre, tomán- dolo la mano,—por el contrario, has hecho cuanto has podido por salvarlo; él ha sido el que se ha pre- cipitado sobre tu espada.

Ningún razonamiento podía calmar su dolor. Al llegar á Nueva-Orleans tenía una violenta fiebre, causada por sus sufrimientos físicos y morales. Tuvo que guardar cama y dió serias inquietudes á sus amigos. Su herida, que en un principio pudo presen- tar síntomas graves, cicatrizó; la calma, que le vol- vió, y su juventud, triunfaron de los peligros que habían amenazado su existencia.

El día de su primera salida encontró en la puerta la negra que le había dado el escrito de Cora, mo-

mentos antes de batirse. Esta vez también le entre- gó una carta. Jorge la rechazó. Aquella Cora le era odiosa; ¿no había sido la causa de que se batiera, de que hubiese sido herido, de haber estado peligro- samente enfermo, y de haber conducido á John de B... á la muerte? Pero la negra le miró de un modo suplicante, y dijo:

—Si no llevo una contestación, mi señora me pe- gará.

Por piedad, por curiosidad y quizás también por que se acordó de la encantadora belleza de Cora, tomó la carta y leyó estas palabras:

*Es absolutamente preciso que os hable; por favor ven- id á verme.*

Reflexionó un instante y dijo á la negra:

—Esta bien; iré mañana.

## XII

En cualquier otra circunstancia Jorge no habría pensado en cumplir la promesa hecha á Cora. Pero hacía más de un mes que estaba, por prescripción facultativa, encerrado entre las cuatro paredes de su habitación y no había entrevisto ningún gracioso rostro, y sus recuerdos, combatidos por la fiebre y el sufrimiento, se habían desvanecido poco á poco. La enfermedad parecía haber borrado el pasado; el joven renacía; una nueva vida se abría ante él; pareciale que su naturaleza se había enternecido y que su corazón tenía nuevas aspiraciones. Hasta enton- ces, en América, no había pensado más que en dis- traerse, divertirse, vivir lo más de prisa posible; hoy tenía sed de los placeres calmados, de las alegrías dulces y puras. Hubiera deseado amar, pero amar con desinterés. La imaginación, la cabeza, los senti- dos, habían sólo hablado hasta entonces; ahora el corazón empezaba á elevar su voz y á reclamar sus

derechos. En esta disposición de espíritu, no podía tampoco impedirse el compadecer á Cora, á aquella pobre joven de color, á la cual una necia costumbre había dado una tan triste existencia, que vivía sola, aislada, lejos del mundo que amaba, lejos de los placeres á los que su juventud y belleza parecían convidar. Como ella, y por haber tomado demasiado públicamente su defensa, se había convertido en una especie de *paria*. La mayor parte de los salones que se le habían abierto otras veces, tan de buen grado, debían ahora serle cerrados. Los periódicos, durante la convalecencia de Jorge, no hablaban de crimen ni mucho menos, reconocíase que había tratado de salvar la vida de su adversario, pero le reprochaban su conducta por haber puesto á John de B... en el caso de pedirle explicaciones.

*Si el señor Jorge Hamel, decía l'Abeille de la Nouvelle-Orléans, hoja redactada por la juventud criolla, no hubiese olvidado sus deberes hacia nosotros, si en menosprecio de las leyes de la hospitalidad, no se hubiera sublevado contra nuestros usos más arraigados y respetables, no tendríamos que llorar hoy la muerte de uno de nuestros compatriotas y amigos.*

De modo que á pesar de su generosa conducta sobre el terreno, de su herida, de la que aún sufría, no había sido perdonado. Sus amigos, sus conocidos, se habían alejado de él. ¡Ah! ¡Si pudiera demostrar que podía pasar sin ellos, creándose nuevos placeres, nuevas relaciones! No volvería inmediatamente á Francia como su padre le había aconsejado. Esta marcha podía ser mal interpretada y pasar por una huida. No faltaría quien le acusara de haber querido escapar á las justas represalias, de haber temido que algún amigo de John de B... se encargase de vengar su muerte. Se quedaría en Nueva-Orleans, viviendo á su gusto y á despecho de la opinión. Se había sido injusto al juzgarle, él se mostraría insensible á la Justicia, y si llegase algún día que sus antiguos amigos lo buscasen como otras veces, y quisieran participar de su amistad, los rechazaría, eternizándose en su soledad.

Otras consideraciones le lanzaron también hacia

el jardín de la calle de San Felipe. Desde que Cora le había escrito por segunda vez, veía en el pensamiento á aquella niña deslumbrante de belleza. ¿Era, en efecto, joven de color la que había querido proteger? ¿En su vida de disipación y de placeres, no había olvidado sus ideas generosas de otras veces, sus aspiraciones liberales? ¿No había tomado sencillamente la defensa de una mujer joven y bonita para hacerse notar de ella y merecer sus favores? Ella parecía dispuesta á concedérselos y recompensarle el haberse batido por ella, pagarle el precio de su sangre y de la que él había vertido. ¿Por qué no aprovechar aquellas buenas disposiciones, aquellas muestras de simpatía? Serían una buena compensación á la hostilidad que se le mostraba. Su aislamiento cesaría é iría á buscar, quizás, al lado de Cora las nuevas emociones de que estaba ávido su corazón.

### XIII

Jorge las encontró. La juventud y la gracia, complemento viril del joven, la conducta que había tenido, su bravura y generosidad, que tantos espectadores habían podido apreciar, en fin, la especie de celebridad que su duelo le había dado, todas estas cosas reunidas, ¿no bastaban para seducir á Cora? ¿Por de pronto, amaba ella como fue amada, sin segundas miras? ¿O bien su amor no fue más que el cálculo? ¿Creyó haber encontrado en Jorge el único hombre que pudiera en Nueva-Orleans sobreponerse al desprecio que ella sufría y que se atreviera á comprometerse por ella? ¿Vió, sobre todo, en aquel extranjero, un hombre que en un tiempo próximo volvería necesariamente á Europa con ella y la haría, en fin, igual á todas aquellas mujeres blancas que la despreciaban?

Cualquiera que fuese el motivo para atraer á Jorge, empleó todas las seducciones femeninas conocidas en el nuevo mundo y en el antiguo. Empezó desde luego por la conquista de su corazón, haciéndose cariñosa, amable, graciosa, desinteresada, sentimental, y tierna. Tuvo timideces encantadoras, pudores virginales, abandonos de una poesía refinada. Sus más ardientes caricias tuvieron toda la castidad de los amores legítimos. Se hizo útil, necesaria, indispensable. Le prodigó esas mil atenciones cuyo secreto sólo conocen una madre ó una hermana. Le contó las íntimas alegrías de su alma; le acarició, le mecía como á un niño adorado.

Desde el día que Cora sintió que era dueña absoluta de su corazón, que lo había atado con fuertes lazos, emprendió la conquista de su imaginación y sentidos. Lanzó de repente lejos de sí su timidez y sus pudores, dejó caer el velo con que hasta entonces se había cubierto, y mostró atrevidamente su espléndida desnudez. Sus amores se convirtieron en delirio. Ella no descuidó nada para agradar, ni coquetearías hábiles, ni resistencias estudiadas, ni completos abandonos. Gracias á su exuberante naturaleza, al ardor de su sangre, á su exaltada imaginación, á la corrupción que poseía ingénita en las jóvenes de color, haciéndolas tan peligrosas, ella adivinó, sin buscarlos, todos esos refinamientos en el arte de amar, que los antiguos nos han legado y que sirven de medio de seducción. Y cuando él estuvo enteramente seducido, encerrado, loco, cuando ella vió que lo había atado con indisolubles lazos, que él había perdido la conciencia de su individualidad y su fuerza, que estaba vencido, dominado, abatido, que ella podía desearlo todo, ordenarlo todo, entonces, como su misión había concluído, como ya estaba segura de su porvenir, tomó posesión de sí misma, hizo callar los latidos de su corazón, apagó los ardores de la sangre y ejerció friamente su imperio. ¡En fin! la joven de color, desdeñada, despreciada, echada de los lugares públicos, tenía un blanco por esclavo. Un esclavo á quien podía torturar á su gusto sin que la Policía interviniese, á quien im-

pondría suplicios más horribles que la cárcel y los latigazos, sobre quien se vengaría de sus desprecios y vergüenza. Un esclavo que todos los abolicionistas de los Estados del Norte no podrían franquear ni robarle.

## XIV

Lo que hemos dicho de la resplandeciente belleza de Cora, de su facilidad en representar todos los papeles con una convicción y talento sin límites, de su ciencia amorosa sin límites también, de su voluntad fría é implacable, explica suficientemente el imperio que en poco tiempo tomó sobre Jorge Hamel. El tenía entonces veinticuatro años, momento en que las pasiones reinan en la vida de un modo despótico, sin que se posea todavía la experiencia que más tarde permite combatirlas. Amaba también por primera vez, con el abandono y la confianza de todas las ilusiones de la juventud. Sin embargo, no aceptó en un principio, sin protesta, las exigencias que quisieron imponérsele; trató de resistirse al despotismo bajo el cual Cora lo quería dominar. Se encolerizó, sublevó é indignó. ¡Trabajo inútil! ¡Esfuerzos impotentes! ¿No había cedido desde hacía mucho tiempo? La hábil conquistadora que le había reducido á la esclavitud, no ejercía su tiranía sino cerca de aquel sér, asegurada de su poder y de su fuerza, y de contener cualquiera rebelión en el momento que lanzase su primer chispazo.

Durante los primeros seis meses de sus relaciones, cuando Cora no había establecido aún su dominio, sino que estaba preparando las bases para la conquista del corazón de Jorge, por su gracia y su inalterable bondad, él se asombró más de una vez de la manera patriarcal de cómo la joven gobernaba su casa. ¿No habían pretendido que maltrataba á

sus esclavas, y que se vengaba sobre ellas de la falsa posición en que su origen la colocaba; que ejercía particularmente su tiranía sobre las dos lindas mulatas, cuyo tinte aceitunado la recordaba sin cesar que su propia abuela había poseído las mismas desventajas físicas. ¡Cómo se la había calumniado! ¡Ella, que hablaba á sus servidores con tanta bondad y dulzura! Todo el mundo parecía feliz en aquella habitación de la calle de San Felipe. Las mil flores del jardín sonreían al sol y las esclavas á su dueña. ¿No se habían atrevido á decir que aquellas dos jóvenes y lindas mulatas, compradas en un mercado de esclavas en Memphis y escogidas con sumo cuidado, estaban sujetas desde hacía tiempo á todas sus exigencias, y destinadas á los trabajos más penosos? ¡Ah! ¡cómo se la desconocía! ¡Cómo hubiera podido Jorge responder por ella!

Un día, sin embargo transcurría el séptimo mes de sus relaciones y su segunda fase, Jorge acababa de entrar en el jardín por la puerta que daba á la calle y se dirigía á la casa, cuando creyó oír gritos. Se detuvo y escuchó. No se había engañado: los gritos redoblaban, salían de la casa y era una mujer quien los lanzaba. Su primer pensamiento fue creer le hubiese ocurrido algún incidente á Cora. Precipitose á la escalinata, abrió una puerta, luego otra, y detúvose lleno de asombro. En medio del salón, pálida, fría é implacable, Cora sacudía con un látigo las desnudas espaldas de una de sus mulatas; la pobrecita estaba de rodillas, llorando y lanzando gritos desgarradores.

—¡Desgraciada! ¿Qué hacéis?—exclamó Jorge indignado.

—Lo que me dá la gana,—contestó Cora sin turbarse de haber sido sorprendida y dejando caer su látigo sobre las espaldas de la mulata.

—¡Deteneos!—dijo el joven adelantándose.

—No; se ha negado á obedecerme y la he condenado á recibir veinte latigazos, y los recibirá.

—Os pido gracia para ella.

—Habéis llegado tarde,—dijo la cruel joven.—He aquí el vigésimo; ya tiene su parte.

Y dirigiéndose á la mulata, añadió:

—Ahora, vete; si vuelves ya sabes lo que te espera.

Quando estuvieron solos, Jorge, á quien esta inesperada escena, nueva para él, había hecho viva impresión, no pudo ocultar á Cora su sorpresa y su indignación.

—¿No es mi esclava?—contestó—¿No tengo derecho á pegarla?

—No, no tenéis ese derecho: podéis enviarla á la cárcel ó venderla; pero os está prohibido por los reglamentos de Policía pegarla.

—¿Sois un polizonte?

—No.

—Entonces no os mezcléis en lo que no os concierne.

—¿Cómo me habláis!

—Si mi tono os desagrada, nada os fuerza á escucharme; nadie os detiene.

—Sea; me voy,—dijo el joven.

Y se dirigió hacia la puerta, creyendo que ella le llamaría; pero Cora no hizo ni un gesto, ni dijo una palabra. El salió. En la calle esperó largo rato á que le mandase á buscar; se volvió varias veces creyéndose llamado; todo fue inútil. Fue á su casa y esperó carta; nada: Cora no dió ninguna señal de vida. A las diez no pudo aguantar más y tomó el camino de la calle de San Felipe. Encontró á Cora tendida en una hamaca; la mulata á quien había castigado por la mañana la mecía dulcemente.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo con indolencia y sin incorporarse.

—¿Cuánto me habéis hecho sufrir!—exclamó Jorge.

—¿Por qué no habéis vuelto antes?

—Esperaba una palabra vuestra... esperaba...

—Hubierais esperado siempre; yo no cedo jamás: es á mí á quien es preciso ceder; ya estáis advertido; en adelante, cuando castigue á mis esclavas, tenéis la obligación de mirarme en silencio.

—¡Jamás!

—Os conjuro á que no lo hagáis. Me parece que